

ESTAMPA VIEJA

ANTAÑO, el día de la Virgen de la O era la fecha señalada para fijar los puestos de Navidad en las plazas de Santa Cruz y Mayor. Ibamos de la

mano de nuestra madre a contemplar en la primera los nacimientos de corcho, las figuritas de barro, las panderetas, las zambombas y rabeles, y viendo instalar en la segunda los puestos de hortalizas y cascajo, con la misma fisonomía de todos los años, los mismos aldeanos y los mismos serones.

Bajo lo soportales, esos soportales que aún perduran, los ciegos entonaban los villancicos del *tío Pelotera* y de la *tía Fandanga*. Y las manadas de pavos, pollos y gallinas invadían las calles contiguas.

Los primeros anuncios de Navidad dábanlos en la Villa los dueños de las tiendas de comestibles, exponiendo enfrente de sus puertas los mejores productos del país. Con los bastimentos de costumbre, y que no parecían sino exclusivos de estos días postreros del año, levantaban grandes torres, pirámides y castillos.

Los criados ya habían bajado de la buhardilla el Nacimiento, poniendo al alcance de nuestras manos los pastores, la carreta, el molino, la noria, las ovejitas y el puente, que sólo veíamos de año en año. ¡Y era inmensa nuestra alegría! ¡Cómo disfrutábamos! ¡Qué estrépito y qué algazara promovíamos con los tambores y los panderos!

Llegaba, como llega hoy, la Nochebuena. Fiesta de alegría y de tristeza a la par; de hartura para los venturosos; de horrible desdicha para los que se acostaban sin cenar. Fiesta del hogar y de la calle; de santa paz familiar, en torno del Belén artificial; de escándalo y jolgorio de la gente trasnochadora, zurrando los almireces, los panderos, las zambombas y las latas. Fiesta de viejos y niños, de los que entran en la vida y salen de ella, de los que desean ser hombres y de los que quisieran volver a ser niños. Fiesta de muertos y vivos, porque la memoria de aquéllos comparte los pensamientos de éstos. Fiesta de todos, fiesta de la Humanidad, con la que se conmemora el momento nativo en que Jesucristo fué hecho Dios y hombre verdadero.

Mañanitas de escarcha y niebla, por encima de las cuales brilla el sol que, luego, en el centro del día, oreo las calles y las inunda de esa luz transparente y violácea que es la desesperación de los pintores.

Se va el año... ¡Cuán breves son sus horas!... Llé-

EL RODAR DE LOS AÑOS

gase otro nuevo. ¡Y vuelta a empezar! Mañana, dentro de pocas horas que serán todavía más cortas, otra vez lo mismo, siempre lo mismo, mientras nos acercamos a la tierra, y la muerte viene tras nosotros, sin sentirla.

¿Pero quién piensa en ello?... Zurrad, zurrad fuerte los tambores, para no oír el viento que bate en los cristales. No os durmáis, que hoy no es noche de dormir, pues ha nacido un niño puro de espíritu, enviado por Dios. A las doce veremos pasar las turbas que van a la Misa del Gallo. ¿Os da miedo? ¿De qué? ¿De aquella vieja misteriosa que gruñe al dar el reloj las doce? No hagáis caso; hoy no salen de su encantamiento las brujas, porque el diablo las emborracha a todas.

Cantemos los villancicos. ¿Ya se os olvidó la letrilla del año pasado? Es que no pensáis más que en las golosinas. Pero esperad un momento. No empecéis las fuentes de roscos y dulces. Sacadlos a la calle y dádse los al primer pobre que pase. Cantad luego hasta que amanezca. Cantad conmigo; es la misma copla de siempre: la que cantaban los abuelitos y los tatarabuelos.

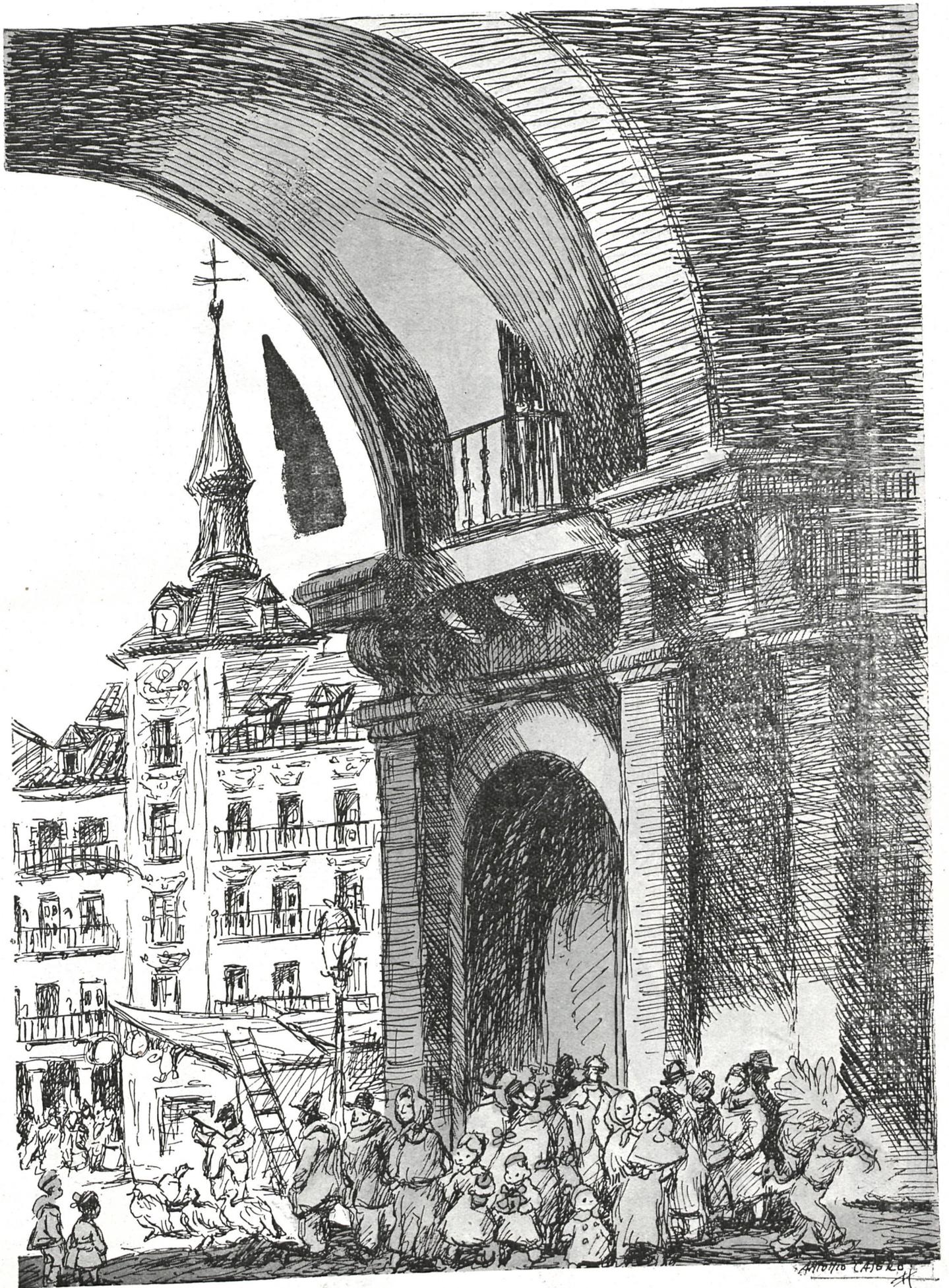
¿Verdad que parece una leyenda todo esto de los Reyes Magos, y los pastores, y el molino, y el portal de Belén? Y sin embargo, es un hecho doloroso, dulcificado con las mieles del cristianismo.

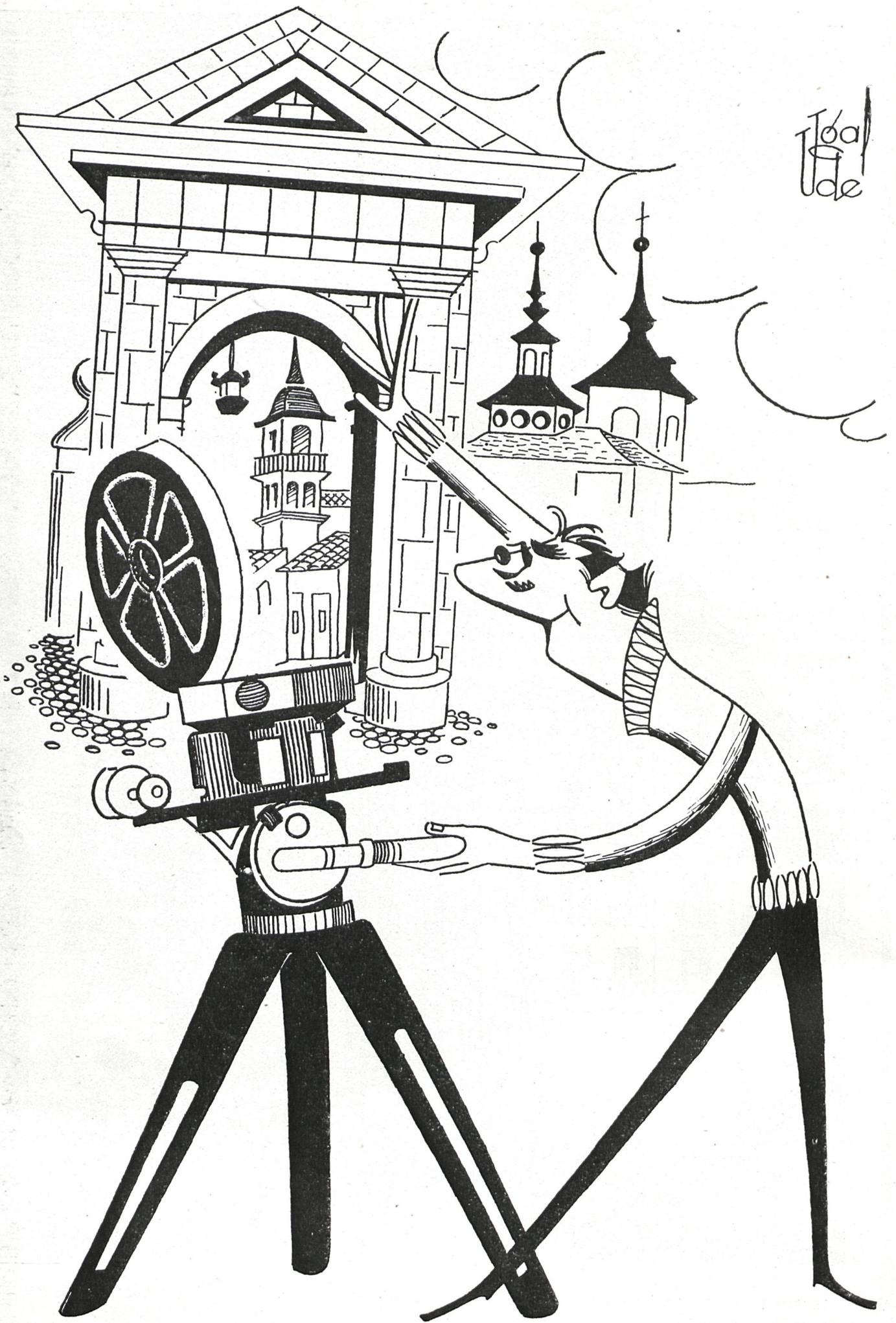
Por la chimenea caen copos de nieve. Arrimaos, arrimaos a la lumbre. A reír, a saltar, a cantar y bailar, que ya os quedará tiempo de llorar. Echad otro tronco en el hogar. Cantemos fuerte, que ha nacido el Señor. Cantemos todos los villancicos para que la memoria de la Doctrina cristiana no se borre nunca de entre los hombres. De la vida somos y en el libro de la vida hemos de quedar. Seamos buenos hijos, buenos esposos, buenos padres.

Así hoy como ayer, pasando los años sin sentir, como en un sueño, sin apreciar el tiempo que perdemos y los momentos de felicidad que se nos escapan para siempre.

ANTONIO VELASCO ZAZO

Decano de los Cronistas de Villa





Joal
Ude

Un reportaje cinematográfico: «Alcalá de Henares»

NECESIDAD DE LA PROPAGANDA CINEMATOGRAFICA

A UN no se ha apagado el eco triunfal del último «Día de la Provincia», dedicado al partido judicial de Alcalá de Henares. Actos académicos solemnes, inauguración de la Casa de Cervantes, representaciones de «El cerco de Numancia» del inmortal alcalaíno, desfiles de estudiantinas por una ciudad engalanada. Y como las mejores galas de las fiestas, el marco incomparable de los monumentos artísticos e históricos que atesora la ciudad que afirmaron definitivamente en la Historia Cervantes y Cisneros, cobijando a las ilustres personalidades que asistieron a las fiestas y sirviendo de escenario incomparable para la exaltación que la Diputación Provincial de Madrid hacía de las glorias de Alcalá.

Durante unos días, representantes de la intelectualidad de varios países pudieron deleitarse en la contemplación de las viejas piedras alcalaínas. La antigua Colegiata, el Seminario, la Universidad, les hablaron de un pasado glorioso consagrado a la fe y al estudio. Recorrieron las calles que Cervantes pisó de niño y desde las que empezó la larga caminata de su andariega vida. Se sentaron en el paraninfo desde cuya cátedra hablaron Cisneros, Suárez, Vitoria, Soto, Jovellanos. Oraron bajo las mismas bóvedas que cobijaron las figuras humilladas ante Dios de San Ignacio de Loyola, San José de Calasanz; de la majestad del César Carlos y de la también majestad franciscana de la parda estameña de Cisneros. Vieron recortarse, como una flecha que llevase un mensaje hacia el cielo, la esbelta torre de la Magistral. Esa torre que se alza sobre el paisaje alcalaíno como un centinela que guarda la gloria de sus piedras con resonancias, aún, de imperio entre sus huecos.

Y admiraron, propios y extraños, algo más. Precisamente en el marco secular del patio de la Universidad, junto a la estatua del fundador, puso su nota de arte y de eficacia el cine. Después de la entrada en la ciudad por las puertas de las murallas que Cisneros cruzó para ir a la conquista de Túnez y del recorrido por sus calles, en las que personajes cervantinos les iban dando la bienvenida, desplegó ante ellos el cine su magia. El trozo de noche encerrado entre las columnas dóricas del primer patio de la Universidad fué rasgado por un rayo de luz. Y aquel rayo de luz, preñado de imágenes, dió a los espectadores una visión sintetizada y artística de ese trozo monumental e histórico de España que es Alcalá de Henares. Plasmados en el celuloide quedaron ángulos, panorámicas de la ciudad, que el cine iba descubriendo a los ojos curiosos e interesados. La historia de Alcalá de Henares se iba contando por medio de la imagen y de la palabra. No dudamos en calificar al reportaje cinematográfico sobre la ciudad de Cervantes —patrocinado por la Diputación y realizado por Roncesvalles, bajo la dirección de Sebastián Almeida, sobre guión de Gerardo de Nárdiz y Antonio Gullón— como uno de los actos más brillantes del «Día de la Provincia» y, sobre todo, como el más eficaz en cuanto a conocimiento y propaganda se refiere. A través de la imagen artísticamente plasmada y de la palabra concisa, elegante y literaria, los valores artísticos e históricos, el espíritu —antiguo y moderno— de Alcalá de Henares fueron llegando al público y dejaron en él una huella indeleble de admiración y una impresión profunda de que el genio y el ímpetu de la raza que alentaron entre aquellas piedras no se han extinguido y continúan en los milites que hacen aún de Alcalá una forja de hombres a través de la milicia.

El éxito obtenido por el documental «Alcalá de Henares», proyectado con motivo del último «Día de la Provincia», nos mueve a escribir estas líneas, que son un ruego a la Excm. Diputación Provincial, que preside un hombre tan abierto a todas las sugerencias como es el Marqués de la Valdavia. El cine es, hoy en día, el espectáculo de masas por excelencia y el que, por tanto, mayor difusión puede dar a las ideas, a los hechos y el que, a través de la imagen, de una manera más imperiosa puede llegar al cerebro y al corazón del espectador. El cine, que aún balbucía a principios de este siglo, es utilizado por todos los sectores como una poderosa arma de propaganda. Hay un cine político, un cine didáctico, poderoso auxiliar del pedagogo; un cine religioso.

Madrid, provincia que guarda incontables tesoros artísticos e históricos, debe procurar que su conocimiento llegue a todos los españoles y aún a los extranjeros. Que en todos los rincones de España —porque prácticamente en todos existe el blanco lienzo en que cobran vida las imágenes— se puedan admirar esas riquezas y se escuche la historia remansada en las piedras. Esta misión trascendental compete a la Excm. Diputación Provincial. Ella ha demostrado con el documental sobre Alcalá su competencia. Es preciso que este reportaje cinematográfico se proyecte en las salas de España, y después de él, otros con El Escorial, Aranjuez y tantos lugares interesantes de la provincia de Madrid como argumento.

Esta idea que lanzamos en la crónica provincial, estamos seguros de que no ha de caer en el vacío. Porque va brindada al Marqués de la Valdavia. Y él, que ha sabido patrocinar un reportaje tan interesante como el de Alcalá de Henares, no vacilará en extender este patrocinio a la eficaz divulgación cinematográfica de las demás joyas artísticas, históricas y paisajísticas de nuestra provincia.

ACOTACIONES

ES evidente que ha cambiado de modo sustancial el criterio interpretativo en orden a las obligaciones estrictas de las Diputaciones provinciales respecto de los pueblos. Se trata, principalmente, de un problema de tipo económico. Es notorio que la misión, en muchos de sus aspectos, se hallaba fijada legalmente. Pero no se cumplía. Al menos, con la amplitud, en las dimensiones que fueran convenientes. No había más razón para ello que la falta de posibilidades materiales. La situación se modificó radicalmente al poner a las Corporaciones provinciales en condiciones de actuar eficazmente. Desde el principio de la Cruzada, fué preocupación del Jefe del Estado el robustecimiento de los órganos tradicionales de gobierno de las provincias españolas. Estaban en catalepsia. Eran viejas instituciones sin vigor, sin agilidad, frías, inoperantes. ¿Por qué? Sencillamente porque, sin dinero, no se puede hacer nada. Y ahora se ofrece a la vista del pueblo español un panorama totalmente distinto.

Es indiscutible que la dotación ha significado una proyección de mejora decisiva, trascendental, para los pueblos. La vida rural evoluciona rápidamente. Existe y ha entrado briosa, fecundamente, en juego, un vocablo que es la clave de la transformación que se está operando. Es éste: cooperación. En efecto, se coopera, con decisión y con éxito, a dar impulso —podría decirse nueva vida— a los burgos, antes en abandono, olvidados. Se ha hecho, de antiguo, y en todos los regímenes y situaciones, ancha literatura en torno a la diferencia de trato entre las ciudades y la ruralidad. Cuando había preferencia o favor era, simplemente, por la actuación, inspirada por móviles políticos, generalmente egoístas, de algún personaje. Captación de votos, afianzamiento en un distrito, cultivo de intereses propios o de los allegados, muchos fueron los orígenes de algunas obras públicas y beneficios discernidos en determinados lugares que

tuvieron la fortuna de la vinculación de jefes políticos o representantes influentes. De todo eso, el anecdotario y los anales que pueden exhumarse, son sintomáticamente copiosos. Pero, entre tanto, las Diputaciones, ¿qué hacían?

Cada órgano tiene su función propia, sus deberes específicos. Si no se cumplen, el órgano está de más. ¿No es mejor dar consistencia a lo creado, facilitar la tarea, fortaleciendo los instrumentos naturales? Esto es, en rigor, lo que se ha hecho. Y las Diputaciones, de este modo, han cobrado y readquirido un prestigio que, por desgracia, hallábase asaz debilitado. Porque la actividad de tutela, de auténtica protección a los pueblos, se

la Maternidad, en sus nuevas instalaciones, que funciona ya y es modelo entre las instituciones de su clase. Sin hipérbole se puede afirmar que es el centro de esa índole, mejor, más moderno y bien dotado de Europa.

Todo ello hubiera sido ilusorio plantearlo, ni siquiera como proyectos para el futuro, cuando se carecía en absoluto de los recursos indispensables. El que escribe estas impresiones fué testigo, durante su primera etapa de Gestor provincial, de la deplorable situación económica que el Marqués de la Valdavia, con sus primeros colaboradores, halló en la Diputación al llegar a su cargo. No han transcurrido muchos años desde entonces. La economía provincial se ha

COOPERACION

realiza con los medios que son precisos. Se ha salido del terreno de lo teórico para entrar en el de la práctica. Basta leer el orden del día de cualquier sesión de la Diputación de Madrid, en los últimos tiempos, para percatarse de la efectividad de esa acción, intensa, de indiscutible fecundidad, que se lleva a cabo. Obras importantes, de todas clases, que constituyeron la aspiración, siempre detenida o no llegada a plantear, van cambiando la fisonomía de la provincia. Luz, agua, teléfonos, escuelas, equipos sanitarios, bibliotecas, restauración de los templos, ayudas económicas, es amplísima la gama de inversiones. Tienen todas ellas la misma procedencia: la cooperación provincial. Esto era imposible hacerlo en las etapas anteriores, porque faltaba lo esencial, el dinero. Al mismo tiempo, han podido acometerse en Madrid iniciativas de enorme importancia que, en realidad son beneficio, también, para los que viven en el ambiente rural, porque se trata de servicios en los que han de tener preferencia. Una de esas magníficas iniciativas es

saneado. Las deudas —algunas, inverosímiles— quedaron canceladas. Las perspectivas son otras, diametralmente distintas. Pero, sobre todo —y esto es lo más interesante—, se han afrontado y resuelto problemas fundamentales para la provincia. Se han hecho muchas cosas, mejoras definitivas, que son una mutación trascendente para los pueblos y sus gentes. Es el resultado de una política, descentralizadora y encaminada a que cada órgano sirva sus propias funciones en la forma más eficiente. La cooperación no es un invento que haya de determinar orgullo de quienes la han forjado. La idea existía. Si permaneció años y años inédita, inabordada, no era culpa de nadie. Sólo, exclusivamente, de las circunstancias. Y ellas significaban que las funciones no se podían afrontar porque falta el elemento esencial. La política provincial instaurada representa la dotación económica. Ella es la que ha hecho factible la cooperación, que es el cambio total de la vida y el porvenir de los pueblos.

FRANCISCO CASARES



DESTACANDO su blancura entre pinos y palmeras se alza el histórico cenobio franciscano, olvidado del mundo, recogido en sí mismo, como avergonzado de su insignificancia monumental, abrumado por el peso de sus recuerdos y por la magnitud de la empresa que apadrinaron sus muros

Con el Colegio de las Mercedes en el Monasterio de la Rábida

UNO de los indudables aciertos que hay que anotar a la actual Dirección del Colegio de las Mercedes es la organización de excursiones anuales por las diversas regiones españolas. Se viene a premiar así, con la ilusión que un largo viaje imprime siempre en el ánimo juvenil, a un grupo escogido de alumnas que, por su buen comportamiento y aplicación, se hacen acreedoras a ello. Por medio de unas tarjetas, en las que se reflejan los menores detalles de la conducta de la alumna durante todo el curso, se llega al día solemne de la clausura del año escolar. En esa tarde, junto a los restantes premios en metálico, bandas, etcétera, se lee una relación de nombres que corresponden a otras tantas colegialas premiadas con la excursión, que ya en el lenguaje escolar se denomina de «fin de curso», aunque en ocasiones, como sucedió este año, su celebración más bien se sitúe a comienzos del siguiente.

Esta idea de las excursiones tomó cuerpo por primera vez el año 1949, en que un grupo de alumnas, acompañadas de varias Hermanas y el Director del Establecimiento, se trasladaron a las provincias vascongadas; desde entonces, y sin interrupción, todo el litoral cantábrico, Aragón, Cataluña, Portugal y Mallorca, han visto en sus playas y ciudades a niñas del Colegio de las Mercedes de la Diputación de Madrid. La idea ha hecho fortuna, y hoy día otro Establecimiento docente provincial, el Colegio de la Paz, ha seguido su ejemplo.

Andalucía fué la región escogida este año para ser visitada por las alumnas más aventajadas y, naturalmente, en el largo recorrido previsto a través de la tierra de María Santísima, no podía faltar la visita, recogida y emocionada,

a la cuna del Nuevo Mundo, al Monasterio de Santa María de la Rábida.

Desde la Punta del Sebo, lugar que algunos eruditos señalan como el de partida de las naos inmortales rumbo a la gloria, y en donde los Estados Unidos han levantado



LAS excursionistas del Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes aparecen aquí, con su Director, don Víctor Manuel Lueje y el Padre franciscano que les sirvió de guía, en el claustro mudéjar del siglo XV, después de su emocionante visita al Monasterio de la Rábida.



ESTE es el presbiterio de la capilla del convento, donde Colón y sus compañeros —españoles de Huelva, Palos y Moguer— oraron ante el Cristo de las Misericordias, pidiendo protección al Cielo para su audaz periplo. Siglos más tarde, la horda llegó también a La Rábida e hizo víctima de su furia iconoclasta a la venerada imagen, valiosa talla del siglo XV. Su lugar lo ocupa hoy otra, de no escaso mérito, traída especialmente de Galicia, que es la que aparece en la fotografía.

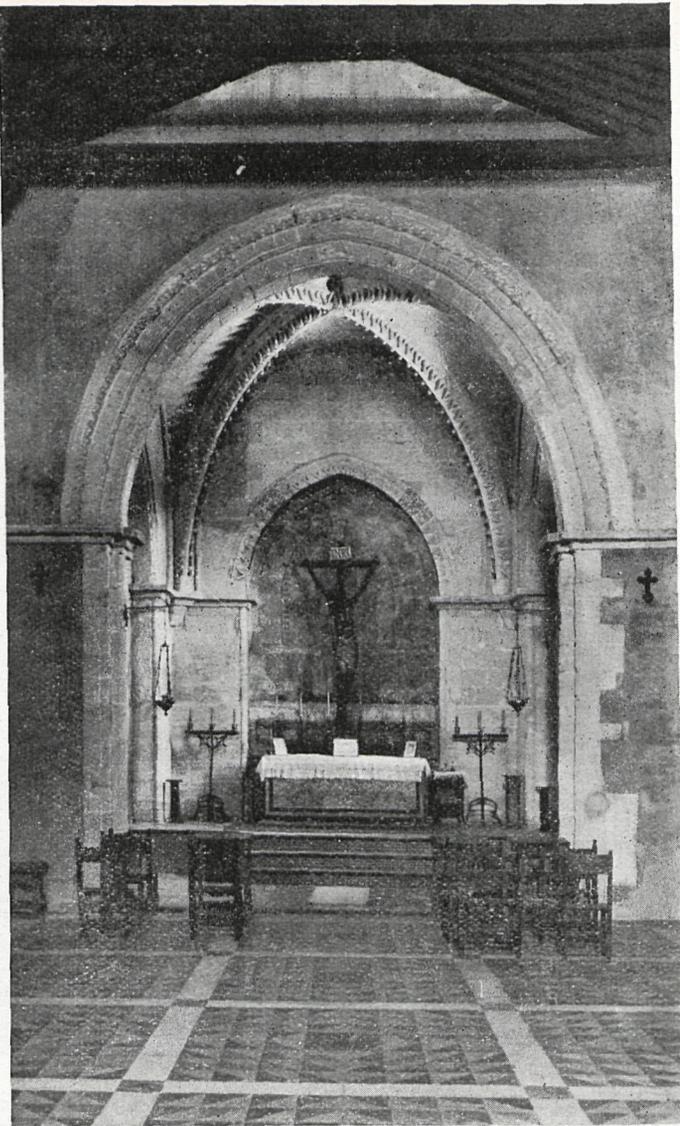
una monolítica figura del Almirante en recuerdo de su hazaña, la excursión de las Mercedes, a través del mar, puso pie en la tierra que ya para siempre ha pasado a la Historia con la denominación de «lugares colombinos».

En una pequeña colina, desde donde se domina el abrazo que el Tinto y el Odiel dan al anchuroso Océano, destacando su blancura entre pinos y palmeras, se alza el histórico cenobio franciscano, olvidado del mundo, recogido en sí mismo, como avergonzado de su insignificancia monumental, abrumado por el peso de sus recuerdos y por la magnitud de la empresa que apadrinaron sus muros.

Su fundación como retiro monacal se sitúa en los comienzos del siglo XV, mas el paso del tiempo y, lo que es peor, la ignorancia y mala voluntad de los hombres, impusieron las huellas restauradoras que en él se advierten. La garra de la desamortización hizo presa también en el apartado convento onubense, y así, en tanto que la huerta y sus alrededores fueron vendidos en pública subasta, el monasterio, a falta de licitadores, pasó a ser propiedad del Estado. En cumplimiento de la ley sectaria, dejaron los frailes su casa de oración y de retiro, quedando solamente el padre guardián y un lego con el propósito de salvarlo de la destrucción. A la inevitable marcha de estos solitarios defensores de La Rábida, siguió su total abandono; el ambiente de revuelta de aquellos años hicieron el resto, y lo que fué cuna de América llegó a servir de abrigo al ganado que pastaba en los campos vecinos. Pasado el furor «progresista», se inicia la etapa de reconstrucción con la visita que los duques de Montpensier, acompañados de su madre, la reina María Amalia, hicieron al olvidado convento; sus donativos en metálico y obras pictóricas estimularon el celo de las autoridades y pronto fué declarado monumento nacional en atención a sus recuerdos históricos. El interés de Alfonso XII, la actividad de la Sociedad Colombina y, sobre todo, la solemne conmemoración del IV centenario del Descubrimiento, volvieron a incorporar a nuestro tesoro histórico la valiosa presea que se creyó definitivamente perdida. Finalmente, Cánovas del Castillo sometió a la sanción de la Reina Regente el Real decreto que reintegraba el monasterio a la Orden de Asís, si bien los monjes no tomaron posesión de él hasta el año 1920.

De los puntos que marcan la ruta colombina —Huelva, Moguer, Palos y La Rábida— es el monasterio franciscano el primero y como la síntesis de todos ellos. A él hemos llegado también, como el Almirante de ojos azules, en una calurosa tarde de estío. Con patriótica devoción hemos hecho el recorrido sentimental por el evocador recinto.

Todo allí está evocando la figura del iluminado navegante: la pequeña puerta de entrada al convento con su arco de medio punto, sostenido por dos columnas ochavadas, es la misma que Colón cruzara con su hijo cuando llegó al monasterio por vez primera; el zaguán, siempre abierto, donde el genovés cambió sus primeras palabras con los frailes; el patio de la antigua hospedería que servía de albergue a los viajeros que allí llegaban; el refectorio, de sobriedad franciscana, en que el descubridor reparó sus fuerzas durante sus prolongadas estancias en el convento; el claustro de la comunidad, con sus interesantes arcos mudéjares, por el que pasara Colón una y otra vez para subir a las habitaciones de los monjes situadas en la planta alta; la celda de la primera y posteriores entrevistas, donde expuso y razonó su proyecto, «sancta sanctorum» del descubrimiento y auténtica cuna de América; la capilla, en fin,



con las veneradas imágenes del Cristo de las Misericordias y la Virgen de los Milagros, ante las que oraron Colón y sus acompañantes pidiendo protección para sus audaces singladuras.

Mas no es sólo el nombre de Cristóbal Colón el que está aquí vivo y palpitante, sino que la figuras de los hombres que hicieron viable la magna empresa (española por los cuatro costados), cobran forma y movimiento al conjuro de las paredes rabidenses: el Padre Fray Juan Pérez, Superior del convento, conocido por «el Estrellero» por sus vastos conocimientos en cosmografía, que compartió e hizo suya la idea del genovés rechazada en toda Europa; Fray Antonio de Marchena, el hombre influyente en la Corte que iba a obtener el apoyo real para la soñada empresa; los hermanos Pinzones, navegantes de la mejor cepa, brazos de la expedición y auténticos descubridores del Nuevo Mundo, que de igual a igual discutieron allí con el Almirante los pormenores de la gran aventura; Diego Prieto, el alcalde de Palos, presente siempre en los conciliábulos de La Rábida; el cartógrafo Juan de la Cosa, que iba a desprenderse además de su «Santa María», y, en fin, los marineros todos, pobres vecinos de los lugares cercanos al monasterio que, iluminados con la común llama de la fe, hicieron realidad la idea del genio.

El recorrido por la ruta colombina se completa con una rápida visita a la iglesia parroquial de San Jorge, de Palos de la Frontera —no Palos de Moguer, como todavía rezan algunos rutinarios textos escolares—, y desde cuyo púlpito se leyó la célebre Pragmática real, en la que se ordenaba el apresto de las carabelas inmortales, y, ya de vuelta para Huelva, pasamos por Moguer —culto y leal—, unida para siempre a Palos por la gloria del Descubrimiento. Cae la tarde, y el sol enciende con el brillo de sus últimos rayos estas tierras que hicieron posible que la Gran Aventura fuera una empresa netamente española.

Luego la excursión del Colegio de las Mercedes seguirá alegre por las restantes ciudades andaluzas, pero aquí, en La Rábida, al contemplar de cerca la cuna del Nuevo Mundo, hemos sentido algo así como la confirmación de nuestra naturaleza hispánica.

F. M. A.